

La vida y la muerte en tiempos de la Revolución, de José Luis Trueba Lara*

*José Alberto Sánchez Martínez***

JOSÉ LUIS TRUEBA LARA nació en 1960 en México, aunque su carrera como profesor e investigador es destacable, su reconocimiento puede hallarse de manera más amplia por su trabajo como escritor.¹

La publicación de *La vida y la muerte en tiempos de la Revolución* se enmarca, probablemente sin intención por parte del autor, en ocasión del bicentenario de la Independencia de México y el centenario de la Revolución mexicana. El libro acompaña un cúmulo de trabajos de otros autores, archivos y biografías, así como reediciones de trabajos históricos que buscan contextualizar desde el ámbito de la literatura (novela, narrativa biográfica, ensayo) a la historia mexicana desde diversos ángulos.

Conviene preguntar, so pretexto de toda esta diversidad de trabajos literarios, qué aporta la narrativa literaria a la contextualización de la historia, no sólo de México, sino de la historia de cualquier país, ¿añade, desvirtúa, amplía?, ¿se presenta como otra forma de ver?, ¿qué matiz adquiere la historia a través del ejercicio literario, cuando la mayoría de las veces la literatura

* José Luis Trueba Lara, *La vida y la muerte en tiempos de la Revolución*, Taurus/INAH, México, 2010.

** Profesor-investigador en el Departamento de Relaciones Sociales de la UAM-Xochimilco. Maestro en comunicación por la UNAM con especialidad en nuevas tecnologías. Crítico literario y colaborador de la revista de estudios literarios *Espéculo* de la Universidad Complutense de Madrid.

¹ La obra narrativa del autor incluye *La ciudad sin nombre* (2005), *Cibola y Quivira: el norte del reino* (2007), *Vampiros. Antología de cuentos* (2009), *La derrota de Dios* (2010); aunque también ha escrito libros de carácter histórico y de análisis social.

es tomada como un producto de la imaginación? Efectivamente, de forma simplista, la historia (sentido histórico) suele presentarse como conjunto de datos opuesta a lo literario. Resultado de ese simplismo discursivo se forma una desvinculación de la literatura con el proceso de la creación y la sociedad.

Probablemente dicho discurso reductivo, separatista, de la historia y lo literario, pueda tener su génesis en el hecho de que no siempre un novelista, un narrador, un poeta, está empeñado en contar la verdad, a menos que ésta adquiera un compromiso con la ficción. Es decir, que los hechos sean desplazados a un lugar donde dejan de ser fechas, una temporalidad objetiva. La ficción se opone a ello liberando los hechos, el dato concreto del tiempo, dotándolos paradójicamente de libertad, en algunos casos, y en otros de documentación, como el caso de la novela histórica, que es otra forma de libertad. En ese sentido, la novela histórica participa del ejercicio que brinda la literatura, permitiendo con ello que la historia sea contada, recreada y alterada, no para alejarse de ella, sino para propiciar otro/otros tipos de encuentros. La fidelidad al hecho no siempre es el retrato de la historia, a veces el hecho es sólo un fantasma del cual nada sabemos, excepto que es una aparición de algo o alguien, otras, el discurso fantasmal de aquellos que cuentan la historia. Buscar ese alguien, ese algo, esos algunos, le corresponde también, con su debida modestia, a la literatura, que se engrana desde y con sus recursos a la historia. La literatura nos enseña que los fantasmas tienen otra vida, o por lo menos la tuvieron, una vida que no siempre es dato, fecha.

David Trueba, en este libro, ejerce un puente entre el hecho y justamente la historia, nuestra historia, a través de una narración documentada que raya entre el ensayo y la prosa histórica. Su tema es la Revolución Mexicana. Periodo histórico que ancla a partir de dos extremos, polaridad indisociable de la existencia: la vida y la muerte. El título encierra ya una contradicción que se reafirma durante todo el libro, a saber, que la vida en el periodo de la Revolución Mexicana fue otra, como también lo fue la muerte. Bajo estos criterios Trueba se encamina a contar con un lenguaje literario, claro y ameno, la cotidianidad de aquella época, desde donde brota del paso de las palabras la revelación de la vida, “la vida cotidiana de los sin nombre” (Trueba, 2010:20). Se muere viviendo, es un eslogan común y comprensible, pero durante la Revolución la vida y la muerte no compaginan, la vida intenta seguir su curso, pero pronto es conducida por otros (los revolucionarios) hacía una muerte simbólica. Vista desde una estructura histórica de liberación, la Revolución

Mexicana tiene su triunfo en la lucha por contravenir el poder (porfiriato-maderismo), un acto justo que reclama la anulación de las desigualdades; vista desde otra perspectiva, la guerra (coloquialismo que utilizaban las personas en aquella época para referirse a la Revolución como algo incomprensible) causó estragos mayores paradójicamente en los más pobres, en los que hacían la desigualdad. Es en esta parte en la que encuentra una riqueza el libro de Trueba, fotografiando la vida de la “bola” con sus significaciones, conflictos y tesisuras, para mostrar que la guerra sucedía mientras la vida andaba, “para ellos, la guerra fue una desgracia, un tiempo de muerte, locura, saqueos y horrores consuetudinarios” (Trueba, 2010:20).

La vida y la muerte en tiempos de la Revolución se estructura en tres apartados, en voz del mismo autor: “las tres grandes estaciones en las cuales me detengo para observar lo que ocurría con las personas: el primero está dedicado a la postrimerías del porfiriato, el segundo a la guerra y sus horrores, mientras que el último pretende dar cuenta del surgimiento y los rituales de la religión política de los caudillos” (Trueba, 2010:21). Tres grandes estadios en los que se expone la cotidianidad, ¿qué cotidianidad?

Uno de los primeros pasajes esboza el problema de la infancia en la época de la Revolución Mexicana, centrado en la infancia citadina, primordialmente. Trueba narra los procesos a partir de los cuales se dio la fragmentación, entre niños que estaban destinados a nacer y niños que no, asimismo entre niños que llegaban a estudiar y niños que no, estos últimos negados debido a su condición de “niños de clase baja”. “Los niños miserables eran vistos como una lacra, como un semillero de males, crímenes y pecados que debían combatirse a toda costa, por esta causa muchos terminaron en los hospicios donde se vigilaba (o se pervertía) su moral o en cárceles donde perfeccionaban sus habilidades criminales” (Trueba, 2010:40).

Al suceder de la infancia, que parece o da la impresión que desde entonces es víctima de una fuerte diferenciación social, la juventud se presenta como el lugar de la vida prohibida. Trueba esgrime y dibuja la vida sexual de la juventud, bajo una narrativa que busca encontrar eco en la prostitución, la homosexualidad, las casas de citas. Una vida que acompañaba el periodo de guerra, pero que probablemente era producto del deterioro de la igualdad social fincado en el progreso, en la trágica presencia del progreso. Señala Trueba que la educación positivista era para los pudientes, mientras que los otros, los pocos marginales que aspiraban a la educación se les reservaban manuales de

mercantilismo. ¿Qué pertinencia tuvo esta concepción de la educación para la vida posterior de México? El capitalismo reprodujo bajo el sentido cuasi ideológico la noción de progreso, y al igual que en el porfiriato, el crecimiento de desigualdades sociales ha sido una constante. Hoy el positivismo ha dejado de ser una ideología, para convertirse en una epistemología que dota de capital cultural al alumno, no ha ocurrido lo mismo con la doctrina del mercado, que ha cobrado hoy un papel inverso. Las nociones de mercado se han vuelto ideologías académicas por parte de las instituciones educativas privadas, soslayando el compromiso con el verdadero valor de la educación. Las escuelas privadas han sustituido lo que en la época de la Revolución eran institutos científicos y literarios, escuelas de oficios y artes, siempre destinados a todos aquellos que no podían aspirar a estudios largos. Hoy la literatura, el arte, la ciencia o el oficio, ha sido sustituidas por disciplinas de mercado.

Otras figuras emblemáticas de la vida cotidiana y de la cultura mexicana acompañan al libro de Trueba: vida en las vecindades, las pulquerías —lugares de encuentro—, los léperos (buenos para nada), el teatro, el circo, la vida de los cines, las tiendas de raya. Este era el contexto en el que sucedía la guerra (Revolución Mexicana), se puede intuir también que es el precedente. Sirve a la vez de tejido para que Trueba narre diversos pasajes de hambre, del desgarramiento de la muerte en la vida social.

La muerte es la segunda figura que resalta Trueba. No siempre a la luz de la historia y de lo que se cuenta de ella, logra construir una forma de ver los sucesos. El sismo político que sufrió el país a partir de 1910 no clausuró los problemas sociales ni la división social y política en la cual se encontraba metido México, de Porfirio Díaz a Francisco I. Madero, la vida se fue desplazando a una lenta inundación de sangre. De pronto, esa vida serena, excluyente pero serena del porfiriato, se convirtió súbitamente en febril, la vida social se paralizó: asesinatos de campesinos, de soldados, balaceras, fusilamientos. ¿Consecuencias? Una parálisis general del cuerpo social: desempleo, la burocracia era el enemigo por el sólo hecho de pertenecer al Estado, el comercio dejó de funcionar a falta del fluir del dinero, hambre, saqueo, rapiña, incomunicación. El país se sumió a causa de la guerra en una figura apocalíptica.

¿Qué papel desempeñó la religión en esto?, ¿cuáles fueron las ideas políticas que tomaron la rienda tras la guerra?, ¿qué cause tomó la vida cotidiana, el comercio, la cultura, la educación? *La vida y la muerte en tiempos de la*

Revolución narra, sin un compromiso de resaltar fidelidad a fechas y hechos, un panorama complejo de la vida social en México. Su prosa permite acceder a un estatuto imaginario, a veces se convierte en una ventana que deja ver el suceder invisible de la vida, y permite acceder a puertas que no sabemos bien a dónde dan, si a patios de libertad o a patios de igualdad, recordemos que no siempre la libertad conlleva igualdad social. Algo que permite ilustrar esto se recupera en una frase última que le dice Porfirio Díaz a Victoriano Huerta, momentos antes de partir al destierro: “Ya se convencerán por la dura experiencia, de que la única manera de gobernar bien al país es como yo lo hice” (Trueba, 2010:137). ¿Cuál fue la verdadera revolución de la Revolución? Probablemente su verdadera dimensión fue el carácter de lucha simbólica, el ejemplo de los revolucionarios frente a una figura que por momentos parece imposible de abolir: el poder.